

# CATALINA DE ERAUSO: MASCULINO SINGULAR «PÍDENME EL NOMBRE Y DIGO: -EL DIABLO»

## I

La reciente aparición de una cuidada edición de la *Historia de la Monja Alférez, Catalina de Erauso, escrita por ella misma*<sup>1</sup>, unida al interés que la crítica viene manifestando desde hace unos años por la escritura autobiográfica de las mujeres, es una buena oportunidad para recuperar su lectura y asomarnos con nueva óptica a las ambigüedades con que se teje su historia, así como a los múltiples aspectos culturales, textuales y de género (personal y literario) que el personaje y su obra nos siguen planteando.

Presentemos a Catalina de Erauso (1592-1650) con las palabras de un contemporáneo suyo, Pedro del Valle, «El Peregrino», que la conoció al regresar de sus andanzas americanas, y que en su *Viaje* le dedicó el siguiente retrato:

Alta y recia de talle, de apariencia más bien masculina, no tiene más pecho que una niña. Me dijo que había empleado no sé qué remedio para hacerlo desaparecer. Fue, creo, un emplasto que le suministró un italiano; el efecto fue doloroso, pero muy a su deseo. De cara no es muy fea, pero bastante ajada por los años. Su aspecto es más el de un eunuco que el de una mujer. Viste de hombre, a la española; lleva la espada tan bravamente como la vida, y la cabeza un poco baja y metida en los hombros, que son demasiado altos...<sup>2</sup>.

Y presentémosla ahora con el resumen autobiográfico que ella misma, como paráfrasis de una confesión ante el obispo de Guamanga, incluyó en su autobiografía:

La verdad es ésta: Que soy mujer, que nací en tal parte, hija de Fulano y de Zutana; que me entraron de tal edad en tal convento, con Fulana mi tía; que allí me crié; que tomé el hábito y tuve noviciado; que estando para profesar, por tal ocasión me salí; que me fui a tal parte, me desnudé, me vestí, me corté el cabello, partí allá y acullá; me embarqué, aporté, trajiné, maté, herí, maleé, correteé, hasta venir a parar en lo presente, y a los pies de su señoría ilustrísima (p. 160)

La historia, por supuesto, es más extensa, y llena de pliegues en sombra, como la propia autobiografía y otras relaciones históricas demuestran. Doña Catalina de Erauso (o Araujo) pertene-

---

<sup>1</sup> Edición de A. ESTEBAN, Madrid, Cátedra, 2002. Todas las citas han sido tomadas de esta edición.

<sup>2</sup> Citado en C. de ERAUSO: *Historia de la monja alférez escrita por ella misma*. Presentación y epílogo de J. Munárriz, Madrid, Hipérior, 1986, pp. 85-86.

cía a una familia noble de Guipúzcoa que decidió entregar a la niña a la vida religiosa en el convento de San Sebastián el Antiguo, hasta que, a los quince años, huyendo de los malos tratos de una monja, inició su vida nómada, «...sin saberme yo qué hacer ni adónde ir, sino dejarme llevar del viento como una pluma» (p. 97). Cerca de las tapias del convento había dejado su hábito y su cabellera; y vestida de hombre iniciaba una portentosa vida aventurera que ella misma nos cuenta con nítidos acentos picarescos y con variados registros expresivos, combinando con la sutileza humorística las blasfemias y las pinteladas más fuertes de la violencia criminal.

Después de servir a varios amos, y convencida de que «...era mi inclinación andar y ver mundo» (p. 110), la encontramos en América, primero como ayudante de comerciantes, luego como soldado de la conquista de Chile, y en cruentas batallas contra los irreductibles araucanos, donde ganó el grado militar de alférez. Más adelante la encontraremos en otras misiones patrióticas actuando como militar, ya sea reprimiendo el alzamiento de Alonso de Ibáñez en Potosí o luchando contra el pirata holandés Spilberg en las costas de Perú. Pero estas y otras muchas acciones como valiente soldado español se entrelazan con otras donde la encontramos, siempre travestida como varón, en casas de juego, en dudosos asuntos de faldas, en duelos a muerte (en uno de ellos mató a su propio hermano), metida en riñas a cuchillo o espada por motivos poco relevantes; siempre matando y huyendo, pero protegida constantemente por la inmunidad que le proporcionaban su rango noble, los fueros vascongados, el amparo de los conventos religiosos o la red protectora de la poderosa comunidad vasca en las Indias.

En 1620, huyendo de uno de sus hechos sangrientos en el Cuzco (son once los crímenes que se atribuye, sin contar los innumerables indios que se jactó de haber matado en distintas contiendas), y gravemente herida en una pelea en Guamanga, se confesará con el obispo de esta ciudad, desvelando su verdadero sexo. Su vida dará un giro importante, pues pasará de la clandestinidad al público reconocimiento de su identidad, y de ahí a la fama y a la exhibición más espectacular de su rareza.

Por el manuscrito original que contiene la declaración de Guamanga<sup>3</sup>, firmada por Catalina, sabemos que la arrepentida alférez no le contó toda la verdad al obispo, que alteró la cronología y que ocultó sus crímenes más injustificables (el de Reyes, el de su hermano, el de «el nuevo Cid»); en cambio, acentuó los peligros que amenazaron su virtud por falta de dote para entrar en un convento. El obispo, según cuenta en su autobiografía, lloraba «a lágrima viva» escuchando semejante confesión. Para despejar dudas sobre su integridad moral, la examinaron unas comadronas que encontraron intacto su himen. Su impresionado protector la internará como monja en un convento de Guamanga, y luego pasará a otro en Lima, donde fue recibida por el arzobispo y el virrey, hasta que vuelve a vestir de hombre y salir al mundo.

Le había llegado el momento de recolectar la cosecha de una vida excepcional, desarrollada en los peores peligros y delitos de sangre, pero, pese a todo, heroica. En efecto, se valoraría sobre todo el mérito de ser una mujer que, manteniendo inmaculada su virtud, había luchado como soldado español, en «guerra justa» contra los grandes enemigos del imperio: los indios insumisos, los alzados contra el rey y los piratas luteranos, mientras otros crímenes podrían «blanquearse» o ser justificados como legítima defensa del honor.

En el barco que la devuelve a España en 1624 Catalina (o el alférez Alonso Díaz Ramírez de Guzmán, como se había hecho llamar) escribe su vida, y en Madrid conseguirá el reconocimiento y la recompensa a sus méritos militares, tramitando ante Felipe III y el Consejo de Indias un memorando

<sup>3</sup> Dio la noticia de su hallazgo M<sup>a</sup>.R. MORALEJO ÁLVAREZ, «El primer relato autobiográfico de la monja alférez. La declaración de Goamanga», en *De Libros y Bibliotecas. Homenaje a Rocío Caracuel*, Universidad de Sevilla, 1994, pp. 253-63.



que, aceptado, se tradujo en una renta vitalicia que le permitiría volver a América. Su dudosa conducta, en lo militar y en lo personal, se habían sublimado en virtud de los mecanismos ideológicos de la época, y también, por supuesto, por la inteligente gestión del relato de los hechos por la misma Erauso y sus colaboradores en la corte.

Pero antes del regreso, Catalina visitará en Roma a Urbano VIII, quien, tras recomendarle el debido respeto al quinto mandamiento (*non occides*), le autorizó seguir viviendo con traje de hombre, pero dentro de los pacíficos límites de la virtud.

Una de las relaciones sobre su vida, publicada en tres entregas en México, en 1653, aporta una valiosa información (que no aparece en su autobiografía) sobre sus últimos años en América. Por esa relación sabemos que Catalina, ahora llamada «la Peregrina», al volver de Europa se estableció en Nueva España como arriero, y vivió piadosamente, oyendo misa diaria, ayunando en Cuaresma y aplicándose disciplinas propias de una religiosa. También, sin embargo, contiene esa relación una nueva historia de amor, celos y pendencias por una dama, hasta el punto de llevar a nuestra heroína a la enfermedad.

Pero finalmente «el mal de la muerte» la sorprendió en el camino de Quitlaxtla a Veracruz, llevando una carga en su recua de mulas. Se le hizo un suntuoso entierro y el obispo don Juan de Palafox hizo poner en su sepulcro un epitafio honorífico, en recuerdo de aquel «prodigio de mugeres»<sup>4</sup>.

América había constituido una vez más el espacio para la utopía, que en este caso no consistía en la búsqueda del Dorado, sino en el hallazgo de las condiciones para el desarrollo de una nueva identidad, así como para su legitimación. En paralelo, ese espacio de transformaciones permitiría la forja de un género literario insospechado en el marco de las preceptivas europeas: la autobiografía de una mujer que, incurriendo en el pecado de la *vanitas* o vanagloria, tomaba la pluma para escribir sobre sí misma sin pertenecer ni al ámbito de la cultura conventual (Santa Teresa, Sor Juana Inés de la Cruz, la Madre Castillo), o al plano de la autodefensa ante injustas acusaciones (Leonor López de Córdoba)<sup>5</sup>.

Como narradora de su vida, Catalina omite las habituales peticiones de benevolencia, así como la mención de esas «genealogías estratégicas» (Jean Franco) donde la mujer que tomaba la pluma para escribir enumeraba los casos excepcionales, pero prestigiosos, que la Biblia o la Historia habían inmortalizado, y que justificarían su aparente transgresión<sup>6</sup>. Pero la Biblia vetaba cualquier ambigüedad sexual, y el Consejo de Teólogos había prohibido que el teatro del Siglo de Oro exhibiese mujeres vestidas de hombre, «uso tan lascivo y ocasionado para encender los corazones en mortal concupiscencia»<sup>7</sup>. En realidad los modelos de Catalina, que estaban aún dispersos en el imaginario legendario de Occidente, o en textos de escaso prestigio moral, como las comedias, pertenecen a la estirpe de la *mulier fortis* que, sin embargo, se reproducía en otras aguerridas guerreras —indias o españolas— durante la conquista americana, o en personajes nutridos en esa sospechosa tradición de la mujer independiente, activa y fuerte, como sería el caso de la reina Cristina de Suecia.

<sup>4</sup> Puede leerse esa Relación mexicana en la sección «Apéndices» en la edición de A. Esteban, pp. 179-97.

<sup>5</sup> Vid. M. BARCHINO PÉREZ, «La autobiografía como problema literario en los siglos XVI y XVII», en J. ROMERA *et al.* (eds.), *Escritura autobiográfica*, Madrid, Visor, 1993, pp. 99-106.

<sup>6</sup> Sobre esas «genealogías estratégicas» en la escritura de mujeres hispanoamericanas, *vid.* T. BARRERA, «Una voz femenina anónima en el Perú colonial, la autora del *Discurso en loor de la poesía*», en M. MORANA (ed.): *Mujer y cultura en la Colonia hispanoamericana*, Pittsburgh, Biblioteca de América, ILLI, 1996, pp. 111-20.

<sup>7</sup> C. BRAVO VILLASANTE, *La mujer vestida de hombre en el teatro español*. Madrid, Revista de Occidente, (1955), pp. 209-15, p. 212. En el *Deuteronomio* (cap. 22, v. 5) se lee: «La mujer no vista de hombre, ni el hombre se vista de mujer, por ser abominable delante de Dios quien tal hace» (*ibidem*).

## II

La vida y la obra de esta mujer que adoptó en profundidad comportamientos viriles (agresividad, exaltación de la fuerza, matices misóginos), distanciándose así de las jocosas travestidas de las comedias de capa y espada, generan gran cantidad de preguntas que sólo en parte pueden ser respondidas por la historia cultural y de las ideas, por la filología y por los estudios feministas que últimamente se han venido fijando en su caso. La crítica tradicionalmente ha manifestado su extrañeza e incomodidad ante el «notable caso», bien desconfiando de la autenticidad del personaje o bien patologizándolo, oscilando entre la reprobación moral, la exaltación del valiente soldado español, la fascinación impresionista ante un caso extravagante, o la celebración de un modelo anticipador de un feminismo radical, ácrata, libertario, donde se documenta incluso un lesbianismo —¿real, reprimido o fingido?— explícito<sup>8</sup>. Hemos avanzado mucho en el conocimiento de esta mujer hipermasculinizada, tratada por algunos de sus estudiosos como «machorra» o «marimacha», entre las «renegadas del sexo» o «viragos patológicos». Ella manipuló su cuerpo y su discurso biográfico hasta hacer de su escurridiza ambigüedad (sexual, discursiva y social) su más fuerte estrategia de poder. Así consiguió con una habilidad asombrosa transformar sus excentricidades transgresoras (mujer-soldado; mujer-escritora) en el pedestal de una individualidad singular que esquiva toda clasificación convencional, de la misma forma que, en su vida real, esta novicia claustrofóbica superó celdas y prisiones para vivir su propia vida independiente, a la intemperie.

Sabemos cómo fue posible su extraña aceptación social en tiempos contrarreformistas e inquisitoriales, cuando el Barroco celebraba la grandeza del imperio español y, a la vez, ocultaba los numerosos indicios de su crisis. También hemos podido llegar a comprender cómo fue posible la reconversión ideológica y moral de sus delitos en meritorias virtudes. Pero seguimos sin saber a ciencia cierta —y tal vez nunca se sepa— cuál fue la personalidad profunda y la íntima motivación vital de esta mujer que cierra su autobiografía con un agresivo relato donde explícitamente reniega de su sexo, llamando «señoras putas» a unas damas que la llaman «señora Catalina» (p. 175).

## III

Debe mencionarse, como primera condición para una cabal lectura, que esta autobiografía que hoy conocemos no es la misma que el editor Bernardino Guzmán recibió de su autora para publicarla en 1625, ya que no se conserva ningún ejemplar de esa supuesta *editio princeps*. La versión que ha llegado hasta nosotros está basada en la primera edición conocida, que es la que realizó en 1829, con notas aclaratorias y documentos históricos, un liberal español exiliado en Francia, don Joaquín María de Ferrer. Su edición sólo ha sido superada por dos contemporáneas: la de Rima de Vallbona, realizada sobre otro manuscrito similar hallado en la Real Academia de la Historia y publicada en 1992 con nuevos y reveladores documentos, y la citada del profesor granadino Ángel Esteban, de 2002, que se basa en las anteriores, e incorpora nuevos conocimientos basados en la aparición de otros manuscritos esclarecedores dados a conocer después de 1992.

Pero la increíble autobiografía de una novicia adolescente convertida en feroz hombre de armas en la conquista de América, reproducida a partir de dudosas copias de un manuscrito autógra-

---

<sup>8</sup> M.E. PERRY, «*La Monja Alférez*, Myth., Gender, and the Manly Woman in a Spanish Renaissance Drama», en G. PAOLINI (ed.), *La Chispa '87, Selected Proceedings*, Tulane University Press, 1987, pp. 239-49. Ángel Esteban recoge y comenta en su citada Introducción otros trabajos de esta autora.



fo desaparecido, suscitó sospechas de falsificación literaria que ni en los últimos años, ante la aparición de esos manuscritos complementarios y genuinos, se ha ido despejando totalmente.

Por un lado avalaría la autenticidad del texto la viveza y proximidad del relato a las experiencias narradas, o el hecho de que muchos de los datos ahí referidos sean verificables en la información histórica de la época; además, el que en esencia, y salvando detalles bastante significativos, la autobiografía de Catalina de Erauso guarda estrecha correspondencia con otras relaciones oficiales que contienen su vida y andanzas, y que aparecen avaladas por autoridades religiosas o escribanos públicos que tramitaron los expedientes de Erauso en América y en España, para que le fueran reconocidos sus méritos militares y su «limpieza» moral.

Por otro lado, la gran diferencia entre la autobiografía que comentamos y las otras declaraciones de la Monja Alférez, también dadas por ella misma y en alguna ocasión firmadas de su puño y letra, es el tono picaresco y transgresor de ésta, frente a las más escuetas relaciones entregadas a las autoridades eclesiásticas y civiles, donde se omiten sus peores actos criminales y, en cambio, se resalta su heroísmo y castidad.

Se piensa, por eso, que estos pasajes fueron añadidos con posterioridad por sus editores, puesto que exageran de forma novelesca algunas de sus hazañas, y añaden —con perjuicio de la imagen heroica y virtuosa que le reconocerían las altas esferas que la juzgaron— escenas «licenciosas» que muestran tanto cierta inclinación lesbiana como su propensión a la violencia gratuita. Pero cabe también la hipótesis —que he sostenido en otra ocasión<sup>9</sup>— de que Catalina de Erauso, inteligente narradora de su vida excepcional en muchas ocasiones, ante clérigos y alguaciles, ante el Consejo de Indias o el mismo papa Urbano VIII, supiera administrar con astucia la información autobiográfica e imprimirle diversos registros y modulaciones, convencida de que, en cada caso, amparada siempre en su inquietante ambigüedad, podía extraer de su portentosa singularidad múltiples beneficios a su favor.

De este modo, su autobiografía, escrita por ella misma o narrada a un escribano, y transcrita y adaptada por él a un formato más «literario», adopta el carácter de la novela picaresca, entonces en boga. Al fin y al cabo, como es sabido, en el origen de la novela picaresca se encuentra la «relación» del tipo «género humilde»: un documento legal donde un individuo marginal (generalmente un soldado) expone su vida, andanzas e infortunios para justificar sus méritos y pedir compensaciones económicas o incluso el reconocimiento de su heroísmo<sup>10</sup>. La «probanza de méritos» abrió paso así a las novelescas vidas descarriadas de los pícaros, donde cabe lo heterodoxo, e incluso lo inmoral, porque finalmente el individuo asocial se reinsertaba, quedaba redimido por su arrepentimiento, y su biografía se convertía en una parábola moralizante que educaría al amplio público popular.

Aunque Catalina no era por nacimiento una pícara (su estirpe noble la aleja de los turbios orígenes de un Lázaro de Tormes), sí es cierto que, como mujer insumisa a toda norma, socialmente descentrada y, más aún, como travestida en viajero buscavidas, soldado, asesino, jugador y penden-ciero, quedaba situada respecto a los cánones de la época en la más extrema marginalidad.

La estética barroca permitirá la consagración de su contradictoria vida y de su maltrecha figura dentro de su estética de la desmesura, de su gusto por lo exótico, por lo descomunal y lo

---

<sup>9</sup> «Catalina de Erauso, la monja amazona». *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 26, núm. 52 (2000), pp. 227-42.

<sup>10</sup> C. GUILLÉN, «La disposición temporal del Lazarillo de Tormes». *Hispanic Review*, vol. 25 (1957), pp. 264-79, p. 271; F. RICO, *La novela picaresca y el punto de vista*. Barcelona, Seix-Barral, 1989; R. CHANG-RODRÍGUEZ, *Violencia y subversión en la prosa colonial hispanoamericana, siglos XVI y XVII*. Madrid, Porrúa Turanzas, 1982.

grotesco<sup>11</sup>. El estilo picaresco, envolviendo el núcleo autobiográfico, le garantizaba también la captación de un público lector, sediento de conocer una vida espectacular que ya, desde su desembarco en Cádiz, era legendaria. En esas páginas vertiginosas, además, parecía tomar cuerpo y nombre propio la figura de la amazona, personaje clásico reactivado en el imaginario europeo a partir de las noticias de Colón y otros cronistas sobre su existencia en tierras americanas<sup>12</sup>. Erauso se convertía así en el compendio vivo de una dispersa tradición de mujeres varoniles y guerreras, cuya representación literaria estaba tan mal vista desde la *Poética* de Aristóteles hasta las preceptivas de los Siglos de Oro<sup>13</sup>, pero que seguía activa en la imaginación popular del romancero, en la épica renacentista y en el teatro de Lope y de Tirso de Molina, culminando con la obra de Juan Pérez de Montalbán *La Monja Alférez* (1626?).

Sin duda, la condición ficcional que encierra toda autobiografía, y que siempre implica una involuntaria invención del «yo», se cumple plenamente en el caso de Catalina de Erauso, con la particularidad de que ella, ocultándose o mostrándose, según las circunstancias y la conveniencia, hizo con la(s) historia(s) de su vida un discurso fundamental para poder habitar un mundo hostil y para garantizar su supervivencia física, económica y social. También, en otro plano, para sobrevivir, desafiante y malhablada, solitaria y enigmática, en nuestra memoria cultural<sup>14</sup>.

#### IV

La nueva amazona, guerreando a caballo, cuando no huyendo de la justicia o como simple comerciante, recorrió buena parte de los territorios colonizados por los españoles, sin que, al parecer, nadie descubriese bajo las ropas del alférez a la mujer que nos dejaría también un retrato de la desordenada vida pública y privada en Ultramar, con su doble moral, sus abusos de poder, su sed de oro, sus baños de sangre, su desprecio por las vidas ajenas; en definitiva: la contra-imagen de una sociedad colonial que otros escritores oficiales se empeñaron en perpetuar con tintes más amables.

La violencia, que en forma de malos tratos en el convento desencadenó la huida de la novicia, terminó por convertirse en el código de sus propias acciones, y también, en el de su escritura, sembrada de blasfemias, insultos, mentiras, falsas acusaciones y descripciones de crudo realismo. En otro sentido, la violencia opera también, junto con la ambigüedad, en el orden gramatical, escindiendo la representación de la propia identidad personal con un uso oscilante del género masculino o femenino, que Erauso utiliza —tal vez inconscientemente— dependiendo de las situaciones

<sup>11</sup> S. MERRIM, «Catalina de Erauso y Sor Juana Inés de la Cruz: de la anomalía al icono», en S. POOT HERRERA (ed.), *Y diversa de mí misma entre vuestras plumas ando. Homenaje Internacional a Sor Juana Inés de la Cruz*, México, El Colegio de México, 1993, pp. 355-65.

<sup>12</sup> Sobre la significación de las amazonas, *vid.* R. BARTRA, *El salvaje en el espejo*. Barcelona, Destino, 1996; sobre su reaparición americana en las crónicas de Indias: VVAA, *Noticias secretas y públicas de América*. Ed. de E. RODRÍGUEZ MONEGAL, Barcelona, Tusquets/ Círculo, 1984.

<sup>13</sup> A. GARCÍA BERRIO, *Introducción a la poética clasicista. Comentario a las «Tablas poéticas» de Cascales*. Madrid, Taurus, 1988. En este texto normativo se ofrece una valiosísima información sobre la mujer viril y los problemas de su representación poética.

<sup>14</sup> Son unas quince las obras que recrean la historia de la Monja Alférez, desde que Thomas de Quincey o el poeta parnasiano José María de Heredia empezaron a divulgar su extraña vida. También el cine ha dado dos versiones con el título *La monja Alférez*: una mexicana, de 1944, dirigida por Emilio Gómez Muriel y protagonizada por María Félix, con guión adaptado por Max Aub; otra española, dirigida en 1986 por Javier Aguirre.

que describe. Así, predomina el uso del masculino, sobre todo cuando relata sus acciones más dinámicas: como viajero, soldado, jugador o seductor de damas. El femenino aparece con menor frecuencia, y se hace presente en las partes más intimistas y autorreflexivas del relato, así como cuando manifiesta sentir miedo, o cuando en Guamanga termina reconociendo su condición femenina. Por último, junto con la escritura, hablan también los signos salvajes y elocuentes de su cuerpo, cuando describe las innumerables cicatrices de flechas o de espadas que lo marcan. Marcas de armas, y no de cilicios, como le hubiera correspondido si no hubiera cambiado la humilde oración conventual por la altiva vida del guerrero. El propio cuerpo tatuado con esas múltiples heridas *también* refiere desde el texto su trajinada historia, y añade nuevos signos a la semiología de la violencia que envuelve la vida, la historia y los escenarios de la Monja Alférez.

## BREVE SELECCIÓN DE TEXTOS

### LA TRANSFORMACIÓN

Tiré no sé por dónde, y fui a dar en un castañar que está fuera, y cerca de las espaldas del convento, y acógime allí; y estuve tres días trazando y acomodándome y cortando de vestir. Corté e híceme de una basquiña de paño azul con que me hallaba, unos calzones; de un faldellín verde de perpetuán que traía debajo, una ropilla y polainas: el hábito me lo dejé por allí, por no ver qué hacer de él. Cortéme el cabello y echélo por ahí, y partí la tercera noche y eché por no sé dónde (p. 95)

### REYERTA EN SAÑA (PERÚ)

Estábame un día de fiesta en la comedia en mi asiento que había tomado, y sin más atención, un fulano Reyes vino y me puso otro tan delante y tan arrimado que me impedía la vista. [...] El lunes por la mañana siguiente, estando yo en mi tienda vendiendo, pasó por la puerta el Reyes y volvió a pasar. Yo reparé en ello, cerré mi tienda, tomé un cuchillo, fui a un barbero e hícelo amolar y picar el filo, como sierra; púseme mi espada, que fue la primera que ceñí, vide a Reyes delante de la iglesia paseando con otro, fui a él por detrás, y díjeme: —¿Ah, señor Reyes!—. Volvió él y dijo: —¿Qué quiere?—. Dije yo: —Ésta es la cara que se corta— y, dile con el cuchillo un refilón del que le dieron diez puntos. Él acudió con las manos a su herida; su amigo sacó la espada y vínose a mí, y yo a él con la mía. Tirámonos los dos, y yo le entré una punta por el lado izquierdo, que lo pasó y cayó (p. 103).

### INMUNIDAD ECLESIAÍSTICA Y FUEROS VASCOS

Francisco Zerain se valió de los pies, y entró en sagrado. Llevándome él propio a la cárcel [...] íbame preguntando quién era y de dónde; y oído que vizcaíno, me dijo en vascuence que al pasar por la iglesia mayor le soltase la pretina, por donde me llevaba asido y me acogiese. Yo tuve buen cuidado e hícelo así: entréme en la iglesia mayor y él quedó braveando. (p. 107)

### LAS MUJERES

Al cabo de nueve meses me dijo [un amo] que me buscara la vida en otra parte; y fue la causa que tenía en casa dos doncellas hermanas de su mujer, con las cuales, y sobre todo con una que más se me inclinó, solía yo más jugar y triscar. Y un día, estándome en el estrado peinándome acostado en sus



faldas, y andándole en las piernas, llegó acaso a una reja por donde nos vio y oyó a ella que me decía que me fuese al Potosí y buscase dineros, y nos casaríamos (p. 109).

...quedé yo con mi hermano por su soldado, comiendo a su mesa casi tres años sin haber dado en ello. Fui con él algunas veces a casa de una dama que allí tenía, y de ahí algunas otras veces me fui sin él; él alcanzó a saberlo, y concibió mal, y díjome que allí no entrase. Acechéme, y cogióme otra vez; esperóme, y al salir me embistió a cintarazos, y me hirió en una mano. Fueme forzoso defenderme... (p. 113)

Al cabo de ocho días que allí me tuvo, me dijo la buena mujer [una dama mestiza de Tucumán] que me quedase allí para gobernar su casa. Yo mostré grande admiración de la merced que me hacía en mi descarrío, y ofrecíme a servirla cuanto bien yo alcanzase. A pocos más días, me dio a entender que tendría a bien que me casase con su hija, que allí consigo tenía, la cual era muy negra y fea como un diablo, muy contraria a mi gusto, que fue siempre de buenas caras. Mostréle grande alegría de tanto bien sin merecerlo yo, ofreciéndome a sus pies para que dispusiese de mí, como de cosa suya adquirida en derrota. Fui sirviéndola lo mejor que supe; vistióme muy galán, y entregóme francamente su casa y su hacienda. Pasados dos meses, nos vinimos al Tucumán, para allí efectuar el casamiento: y allí estuve otros dos meses, dilatando el efecto con varios pretextos, hasta que no pude más, y tomando una mula me partí, y no me han visto más. (p. 122)

#### DE SOLDADO A ALFÉREZ (LLANOS DE VALDIVIA, CHILE, 1608)

...nos fue mal y [los araucanos] nos mataron mucha gente y capitanes, y a mi alférez, y llevaron la bandera. Viéndola llevar, partimos tras ella yo y dos soldados de a caballo por medio de gran multitud, atropellando y matando, y recibiendo daño: en breve cayó muerto uno de los tres. Proseguimos los dos. Llegamos a la bandera, cayó de un bote de lanza mi compañero. Yo recibí un mal golpe en una pierna, maté el cacique que la llevaba y quitésela, y apreté con mi caballo, atropellando, matando e hiriendo a infinidad, pero malherido y pasado de tres flechas y de una lanza en el hombro izquierdo, que sentía mucho [...] y quedé alférez de la compañía de Alonso Moreno. (p. 114)

#### LOS INDIOS

Tomaron y asolaron los indios la dicha Valdivia: salimos a ellos, y batallamos tres o cuatro veces, maltratándolos siempre y destrozando (p. 113).

...me topé con un capitán de Indios, ya cristiano, llamado don Francisco Quispiguanca, hombre rico que nos traía bien inquietos con varias alarmas que nos tocó, y batallando con él lo derribé del caballo, y se me rindió, y lo hice al punto colgar de un árbol, cosa que después sintió el gobernador, que deseaba haberlo vivo, y diz que por eso no me dio la compañía (p. 115).

#### LA SANGRE Y EL ORO (EN EL RÍO DORADO)

Habíanse entretanto los Indios vuelto al lugar, en número de más de diez mil. Volvimos a ellos con tal coraje, e hicimos tal estrago, que corría por la plaza abajo un arroyo de sangre como un río, y fuímoslos siguiendo y matando hasta pasar el río Dorado. Aquí nos mandó el gobernador retirar, e hicimoslo de mala gana, porque en las casas del lugar se habían hallado unos más de sesenta mil pesos en polvo de oro, y en la orilla del río hallaron otros infinito, y llenaron los sombreros (...) Yo me fui a Cenhigo, y de allí a la provincia de las Charcas con algunos realejos, que poco a poco y en breve vine a perder. (pp. 127-28)





LA VIRGINIDAD (RECONOCIMIENTO EN GUAMANGA, 1620)

A la tarde, como a las cuatro, entraron dos matronas y me miraron y se satisficieron, y declararon después ante el obispo con juramento, haberme visto y reconocido cuanto fue menester para certificarse y haberme hallado virgen intacta, como en el día en que nací. Su ilustrísima se enterneció, y despidió a las comadres, y me hizo comparecer, y delante del capellán, que vino conmigo, me abrazó enternecido, y en pie, y me dijo: —Hija, ahora creo sin duda lo que me dijereis; y os venero como una de las personas notables de este mundo... (p. 161).

BELÉN CASTRO MORALES  
Universidad de La Laguna

